

FÉLIX TEIRA

Hijos y padres



Hijos y padres

COLECCIÓN
LITERADURA

Félix Teira

Hijos y padres



Primera edición: abril de 2013

© Félix Teira, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-940906-5-3
Dep. Legal: M-10631-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *No Future*, © Ana Talavera Cuesta, 2013

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Hijos y padres

WHAT A WONDERFUL WORLD

MI PADRE SERÍA UN TIPO completo si no fuera un cabrón. O no, yo qué sé. Quizá no sea más que el juicio de un imberbe virginal, como me llama a mí. En caso de confirmarse la sospecha será la segunda decepción histórica, como la de los Reyes, aún me acuerdo. Tenía seis años y tragaba con el cuento de los Magos, siempre he sido de madurez tardía, y me lo soltó Roda a lo bestia. Si los adultos, con sus cicatrices, resulta que son inconsecuentes y primarios, se me va a quedar la misma cara de gilipollas que entonces.

El tío, desde que se reconvirtió en rey de la barra, usa camisa negra, *tengo la camisa negra porque negra tengo el alma*. Fue músico de joven, no inventa, existen fotos, y su grupo de jazz grabó tres maquetas. Entonces llevaba el pelo a lo afro y lucía pintas de macarra romántico. Ahora sólo de macarra.

Tengo la camisa negra, canturrea, hoy mi amor está de luto. Imita de cine la voz cascada de Louis Armstrong y la de Dalma; yo tampoco lo hago mal. Si he heredado su media hélice de ADN, seré incompleto y semicabrón. A lo peor calvo. Pero no llevaré un sombrero hortera. A su favor está que se inventó el firmamento, aquel día estuvo sembrado.

—Adri, no le pongas tanto alpiste.

—Se lo come, tiene hambre, Hijo.

—Ya. Pero la vas a inflar.

—Tú no sabes de pájaras, mamá sí. A veces las pájaras son malvadas.

—¡Y dale con la Pájara! Con lo guapa que está mamá calladita.

—Mamá está siempre guapa, menos con la máscara verde, ¿a que sí, Hijo?

—Así es, Gordo.

Todos los martes mi hermano tiene la puñetera costumbre de venir a mi habitación con la jaula. Heredamos la Pájara cuando se murió la abuela Rosa, la madre de mi madre. No, un poco antes, cuando se largó a la residencia. Que ésa es otra. La abuela se fue con un clavo en el fémur y su silla de ruedas cuando empezaba a recibir más que a dar, una decisión irrevocable. Todas las noches Adri mira la foto de Rosa, un retrato en tamaño DIN A2 tratado con Photoshop, una virguería del Java, y le cuchichea algo. Mi

abuela seguro que le responde, era la segunda madre de Adri.

Decía que mi padre toca la trompeta, a la abuela se le arrasaban los ojos cuando al Java le daba la venada en alguna fiesta familiar, media botella de tinto crianza en el cuerpo, y tocaba *El día que me quieras*; algún pétalo marchito en el libro de recuerdos de Rosa iba ligado a esa canción. La música contamina los amores, al oír *París* en mi móvil me acuerdo de Vero. Y si no, también. Después hacen la comedia de siempre, Carmen mira a su marido con ojos lánguidos, él hace ejercicios de dedos y se arranca con *Summertime*. La leyenda familiar cuenta que mi padre le entró a mi madre con ese blues. El Java, en plan peliculón, bajó del escenario del bar donde tocaban y se la interpretó para ella sola, aunque iba con amigas. Si lo cuenta mi padre, él queda como un chulo hipnotizador; mi madre le añade las puntillas románticas, todo sepiá y *glamour*. Se ponen tiernos, se besuquean hasta que yo conecto la alarma:

—Que corra el aire, que hay mayores.

Es la señal para que mi hermano se lance sobre ellos en plan babas y les besuquee hasta la ropa interior, incluidos los gayumbos pijiguay que ahora usa mi padre. En los vermús y las sobremesas abrimos la puerta de la jaula y la Pájara se da un garbeo por el comedor; si está el Egipcio, le ayuda con el *whisky*.

Hasta aquí bastante normal. Por eso digo que el Java, como la peña llama a mi padre, es un tipo presentable. Ingeniero informático, un manitas con el brico y encima músico. A mí *What a Wonderful World* me produce escalofríos, qué capullo, cómo la canta, puro Louis Armstrong. Incluso yo, que como machito emergente tenía que llevarme mal con él, me llevo. Le molesta, eso sí, que odie el fútbol tanto como su amigo el Egipcio. Qué coñazo con el fútbol.

—Joder, Adri, no pongas la jaula encima de la colcha, que se llena de cagadas.

—Los tres juntos, Hijo.

—Ya verás si viene mamá.

Adrián ha dejado el inhalador para el asma, del que no se despega, en la mesa. Luz verde. Ahora ha iniciado una nueva ceremonia, y mi hermano es de costumbres fijas. A mí me mosquea esta necesidad de venir a mi cuarto y utilizar mi barriga como almohada. Tiene una parabólica para captar la tensión ambiental. Empezó con esta costumbre antes de que mi madre, insólito en ella, utilizara un taco paterno para elogiarme de manera indirecta. Hace justo quince días. Yo, amuermado con la indiferencia de Vero, al elegir otro bachiller no coincidimos en clase, no me enteraba de la contaminación familiar, pero el Gordo ya estaba a su manera al loro. Vero es una estúpida infame que permite que se le arrime el buitre del Ucraniano; en plena proyección de *Billy Elliot*, en

la sala multiusos del insti, me cogió la mano; y al final de *La buena vida* apoyó su cabeza en mi hombro. Qué tiempos, hace más de un año. Decía que Carmen debería cerrar la boquita y no maldecir a la Gran Pájara delante de Adri.

Pues eso, nos quedamos a bolos cuando echaron a papá. El Java trabajaba en una empresa de informática especializada en redes. A finales de 2008, con lo de la crisis, la empresa se fue a tomar por el culo. En lugar de pillar una depresión de caballo y cagarse en el Olimpo, el tipo inventó. Los vi echar cuentas, mamá fingía escandalizarse y se burlaba de los sueños de su chico calvo.

—Voy a montar un bar en la sedería de la calle Rufas, que la cierran, y subvivo, posibilidad uno. O me forro, posibilidad dos y siguientes. Apuestas, Carmencita.

—Te arruinas.

—Guapa eres un rato pero torpe para los negocios hasta hartar.

—Analista de riesgos —puntualizaba mamá sonriente, es decir, embobada. Le encantaba que el sostén de la familia, en la cola del paro, pillara sarpullidos de juventud y se inventara el mundo.

Eso era antes.

—Cuando te viniste a vivir en pecado al ático cutre de San Agustín, hasta mi católica y apostólica suegra me perdonó, vi que eras una analista sin futuro.

—Cierto, acaparabas todos los riesgos.

—Las cuentas salen, banquera. Si consigo una parroquia de chupópteros puedo jugar a la ruleta un año. Y si la cago, traspaso el bar.

—Juega —aprobó Carmen.

—Te doy un beso que enloqueces —se entusiasmó el Java.

—¿Y a mí? —en el tema de besos Adri requiere su parte.

—Quedamos en que no tocas el fondo A —recalcó mi madre.

—Por supuesto —confirmó el Java.

—¿Y tú qué piensas, Hijo? —mi padre en plan participativo. En el lenguaje familiar Adrián es Adri, a veces Gordo; y yo, Hijo.

—Arrasarás.

Tampoco lo iba a joder. Y, además, creía en él.

—¿Pero qué maravilla hice yo para tener este pedazo de hijo?

—Sin detalles, padre. Si te forras, quiero un portátil.

—Un respeto, que me debes las facturas de ortodoncia. No sé cuántos alambres has llevado en esa boca de anunciar dentífricos.

Hace seis días el asma de Adri me condujo inesperadamente al Java One, aparroquiado. Llovía dentro del bar. Llovía para zozobrar en las tres pantallas gigantes mientras los altavoces vomitaban la balada *Angie*. Todo en plan antiguo,

un ambiente que deja su pasta. Pero yo salí calado del bar y con evidencias. Joder.

Cuando se quedó en paro, mi padre convocó a la peña futbolera y restos de la musical para reformar el local. La gran currada. Había fines de semana, yo preparaba los bocatas de jamón con tomate, en que había doce tíos pringados. El Egipcio dirigía yesos y pinturas y mi padre la carpintería. Con el Egipcio, el teclista del grupo y ahora cátedro, me llevo de puta madre desde crío.

—¿Cuántas tías de tu insti pierden el culo por tus rizos?
—me dice. Es un ritual.

—Ando flojo. —Y tan flojo. Vero pasa de mí. Le ha dado por el Ucrainiano, que está cachas, a las tías se les debilitan los tobillos con los tipos de gimnasio.

—Ya entrarán —concluye el Egipcio.

Es como un tío especial. Cuando le da la neura, cae por casa con una botella de tinto y se invita a cenar. Si no están mis padres asalta la nevera y prepara cena. Después Adri le saca la botella de Cardhu, se sienta en sus rodillas y se duerme acariciándole las barbas. La frondosa y somnolienta barba del Egipcio se está volviendo canosa. La peña decía que iba a montar el bar ideal para señoritos forrados de derechas, porque ellos, que eran burguesitos de izquierdas, siempre los habían envidiado. Si la peña se alistaba al bar, un triunfo. Chupaban mogollón de cervezas.

—Adri, no pongas la jaula encima del teclado, coño
—observo que respira bien.

—Perdona. Pero has dicho coño, que eres un descastado y hablas como tu padre, Hijo.

Repite las frases de mi madre. ¿No se cansará nunca de ver el mismo vídeo en YouTube? Lleva un mes con este rito: enciende mi portátil, entra en YouTube y le casca a la Pájara un vídeo de cincuenta segundos en el que salen periquitos. Porque la Pájara es una periquita, en sus buenos tiempos una periquita borracha, la atracción del piso. El Egipcio alucinaba cuando la periquita ponía las garras a ambos lados de la copa de *whisky*, metía el pico y se abrevaba para estar a tono con el catedrático. Adri les ha puesto nombres a los pájaros del vídeo. El azul es Pegui, que se sienta en el autobús con la Pájara, van a la misma clase.

—¿Has visto a Pegui? —le pregunta Adri a la Pájara.

La periquita está posada en el tercer palo de espaldas a la pantalla. Estará, como yo, hasta los huevos del vídeo. Pero Adri lo tiene que pasar cinco veces, ni una más ni una menos. Antes le dio por los delfines, salían en la canción de Dalma.

Veo en la pantalla que están Marín y Luisón conectados al Face, no está Vero. La imbécil se ha tomado demasiado en serio el bachiller, está muy alta la nota de corte. Que se vayan a la mierda ella y el Ucraniano. ¿Por qué a todas las tías les ha

dado por ser médicas? Yo también tenía que estar estudiando un examen de estadística, pero no me apetece. Escribo chorradas, estoy chungo. Ya sólo tiro fotos, apenas veo pelis. El gran director de cine está melancólico y alucinado como Ramallo en *La buena vida*, la vimos en la ESO con el orientador para debatir sobre la familia. Menudo debate, a ver cómo queda esto. Al final llamaré al Egipto y quedaremos, que se lo suelte él a mi padre.

—Ya está. Ha sido como la vida misma, Pájara.

Me río con la salida de Adri, me toca los martes y viernes. Ha heredado muchas frases de la abueli, al fin su segunda madre. Rosa, cuando oía música de sus tiempos, suspiraba:

—Como la vida misma.

Adri ve que me río, se ríe, se abalanza, me abraza y dice:

—Espera.

Sé lo que va a hacer. Dejará la jaula en una esquina de la cama y se tumbará colocando la cabeza en mi tripa. Intuye la telaraña de tristeza que ha empezado a anidar en los rincones del piso. Al final, bronca de mamá porque la colcha está sucia. ¿Qué coño hace hurgando en mi estantería? Alucina. Esto es la hostia. ¿Cómo sabe que lo tengo ahí, oculto en la biología de 4º de ESO? Hace dos cursos ella se sentaba a mi lado.

—Toma, Hijo —me dice.

—Ya te vale, Gordo.

Ni siquiera se ríe. Me entrega mi álbum de Veromanía, coloca la jaula en un rincón de la cama y apoya la cabeza en mi estómago. ¡Será capullo! ¿También él ha visto el álbum? ¡Como se lo haya enseñado a mamá, lo capo!

Nada, aquí estamos los tres. Yo sueño con la Vero poeta, la Vero todo música, como antes su tienda. Y paso de la Vero frívola y cortesana que se deja sobar por el Ucraniano. Adri mira a la Pájara y la periquita se pone a jalar alpiste como una loca. Qué habilidad tiene la puñetera, aunque tira las cáscaras fuera de la jaula, va a manchar todo. Adri exige, cuando se te planta encima, que no te muevas. El Egipcio dice que los gatos hacen lo mismo, por eso él permanece inmóvil como una esfinge. Muy propio. Adri le acaricia las barbas y al minuto se duerme. Al Egipcio se le rizan las barbas de gozo, lo lleva a la cama, un mérito porque el Gordo está cuadrado, y se sirve otro copazo.

No hay nada porno en mi álbum, eso quisiera yo. Recopilé sus fotos digitales, sobre todo del viaje de final de curso, cinco fotos de Face y fotos del insti. Me las curré con Photoshop, amplié, corté e imprimí. Dos cartuchos a color, una pasta. La boca de risa de Vero. La boca seria. Un primer plano de sus ojos orientales, quizá rusos, como su madre. Su ombligo con la venenosa blusita de tabernera pirata y un vaquero bajo, ¿cuántos centímetros faltan para que aparezca la braguita? Vero y la lluvia. Me comería su boca, como hizo

ella conmigo de improviso al final del recital. Vero a cuatro patas haciendo el ganso. Yo, el fotógrafo a ras de suelo, encantado con su sujetador violeta con tres florecitas rosas. Si ampliaba salía el pixelado. Tiene una peca debajo de la clavícula izquierda, a cinco centímetros, a ojo de topógrafo, del pezón. Me ponen sus pechos pequeños ocultos por un sujetador con finísimo tirante, una cinta violeta para tirar y desenvolver el regalo. Por cierto, ¿Adri se masturba? A mí no me va a caer ese marrón, que le enseñe a hacerse pajas mi padre, que para eso es su padre.

—¿Qué me miras, Adri?

—Te miro.

—Ya. ¿Pero por qué?

—Porque sí, Hijo.

—Toda una razón, Gordo. ¿Quieres que te ponga el vídeo de los delfines?

—Baila el mar con los delfines.

—¿Quieres o no? —me da tristeza ver triste a Adri.

—Esa chica tiene una tienda de música, papá y yo compramos un martillo una vez.

—Ya. No te duermas en mi tripa. Pronto vendrá mamá.

El Gordo tiene una memoria de elefante para los detalles. ¿De qué se entera y de qué no? Lo presiente. Y la boba de mi madre echando currículos y llamando a conocidos de la banca. Según mi padre, los jeques de la banca pertenecen a una

compañía de informática especializada en impresoras, unos grandísimos HP, causantes de la crisis, del cierre de su empresa y de mandarlo a la mierda. El Java cabreado. No le ha ido mal, tiene olfato y talento el tonto del grifo. Me regaló un portátil. Carmen hizo la reforma siempre postergada en la cocina, nevera gigantesca de acero, horno pironosequé y grifos inteligentes. Mi padre ha sustituido el tonto del culo por tonto del grifo. Carmen le reprocha su manera de hablar. Yo hablo como el Java. Contagio ambiental, denomina mi madre al fenómeno.

El bar Java One rompió moldes. Mientras lo recuerdo, miro los ojos de Vero, la alameda de tus ojos; leí un poema en su festival de poesía. Decía que le imprimieron al bar un toque inglés, pero el puntazo original fueron los tres cañones que proyectan ventanas abiertas a la vida. Frase textual del Java. Preparó una docena de montajes que combinan música e imagen. Varios van de rollo erótico, rechazo el porno, pero me acerco, a base de pantallazos de un segundo: golpe de lencería, abdominales de tío, boca de risa, senos entre frutas y así, cientos de imágenes tipo Kacere, un pintor que sale en el libro de arte. A veces, en un rizo de la música, una imagen se detiene dos segundos y retorna el parpadeo. Otro montaje va del rollo verde, la moda bio, bosque otoñal, ballenas, trigales... O sea, guapo. Me pesa la cabeza de Adri en la tripa. Está gordo, el Gordo, se hincha a yogures y manga chocolate. Algún domingo mamá le permite la gula de las

papas bravas. Mira, Carmen también dejó su huella en los montajes. Quedaron con Goico, el fotógrafo que juega de central en la peña futbolera, un leñero impresentable. Durante una semana de temporal se recorrieron Zaragoza y grabaron edificios del casco viejo reflejados en los charcos. En los adoquines Carmen intercaló versos.

Cada uno sacó lo mejor de sí, yo también estoy preparando un montaje, van a alucinar: viejos, flores, ratas, niños, grafitos y las manos de Vero que nadie reconocerá. Puedo ser montador, guionista o director de cine. No valgo para abogado porque no soy lo suficiente cabrón, sentencia el Java, experto en cabronadas, *Tengo la camisa negra, hoy mi amor está de luto, hoy tengo en el alma una pena y es por culpa de tu embrujo*. Desde el ordenador controla los tres cañones, a veces cada uno a su bola, otras al unísono. En resumen, el bar fue un éxito. Contrató tías que lucen cuerpo detrás de la barra y camatas de diseño, mientras él, sombrero calado, vigila la caja. Ha modificado la canción de Juanes: *Tengo la camisa negra y mi alma está dorada, gano pelas por un tubo y mi Carmen está forrada*. Abrió el segundo bar y patentó una franquicia, le dan pasta por imitarlo. ¿Qué decíais de este tonto del grifo, familia? Adri se descojona cuando mi padre hace el payaso, incluso yo, y lo hace con frecuencia.

Falta media hora para que venga Carmen y prepare la cena. La gran especialista en estimulación temprana está

dejando de lado las tareas de la Asociación, sólo va un día por semana. Todo esto tan guapo se puede ir a tomar por el culo, incluso la hora mágica del vermú dominical. Tapas, risas, el Java con una jarra de cerveza que comparte con mamá y la abuela que chupa vino de consagrar, así lo llama mi padre. Siempre termina el Java cantando *Bailar pegados*, a veces saca la trompeta y mi madre me invita a bailar mientras Adri se abraza a la abuela. En ocasiones se me ocurría una perversidad, la abueli era la segunda madre de Adri, su meandro afectivo y su abismo sexual inocente. Tengo el tarro averiado. Cuando mi padre canta *esa chica es mía, está loca por mí* es la señal para el cambio de pareja. Baila con Carmen y yo controlo la cadena musical. A veces le pido que se arranque con *What a Wonderful World*. Un mundillo maravilloso se puede ir a la mierda. Adri lo intuye.

Por eso estamos aquí los tres jodidos, la periquita borracha, Adri y yo. Menuda notaza sacaré en el examen de estadística, lo podía retrasar el Chino. Definitivamente Adri se ha dormido. Respira pausadamente, no le va a dar el ataque. Si no está dormido, no le veo la cara, está imbécil perdido, que es peor. Y la Pájara se va a reventar, ha llenado la colcha de cáscaras. En teoría, en este bolo que están montando, al que pueden herir es a Adri. Yo estoy en el banquillo, no cuento. Aunque los comprendo. Me empezaron a machacar con el asunto en primaria, recuerdo el

primer tribunal familiar, ¿tendría diez años?: padre, madre y yo, el pardillo.

—Mira, Hijo, te vamos a hablar de un tema raro, esto se dice cuando los hijos son mayores, pero te consideramos maduro para entenderlo —la analista de riesgos daba rodeos.

—Como pareces listillo, no mucho, la verdad, creemos que lo entenderás —padre iba de irónico.

—A papá le va bien en la empresa de informática, gana bastante...

—No tanto como si me hubiera dedicado al fútbol, tengo una zurda de oro, reconócelo.

—Vamos a constituir un fondo de ahorro en el que eres cotitular, y titular absoluto en el futuro.

—Carmen, háblate clarito, los bancarios sois la hostia. Mira, Hijo, ahorramos pelas y si nosotros palmamos... Que yo no pienso y tu madre será eterna, ni bebe, ni fuma ni...

—Al grano —sugirió el pardillo. Estaban nerviosos.

—Si un día nosotros faltamos... —se enganchó Carmen.

—Y yo no soy nada faltón.

—¡Calla, Juan, por Dios! Si nosotros no estamos, Adri será un problema para ti. Y tú debes llevar tu vida. Ese dinero debe servirte para internarlo en un centro digno. Tendrás, eso sí, la obligación de visitarlo. Lo llamamos fondo A, ¿comprendes?